

INFORMACION Y SOCIEDAD CONTEMPORANEA

POR

MARCEL DE CORTE

La información, dato contemporáneo nacido de la sociedad de masas.

La información en el sentido moderno de la palabra, encuentra su causa en la evolución o, más exactamente, en la mutación del medio social en que se encuentra sumergido el hombre contemporáneo y en la progresiva socialización que le hace pasar, de su ser real y personal a un estatuto social ficticio, donde se evapora toda su sustancia. Tal y como lo había presentado el genio de Agustín Cochin, *La sociología del fenómeno democrático* explica *enteramente el fenómeno de la información* y, tal como veremos más adelante, la acción deformante que ejerce.

Democracias a la medida humana y democracias de masas.

Es necesario hacer una precisión. La democracia que conocemos hoy no tiene nada en común con las democracias del pasado; por ejemplo, con la democracia ateniense o con las democracias municipales de la Edad Media, ni tampoco con la democracia legítima que describió Pío XII, siguiendo a los grandes filósofos del pasado, ni con la democracia suiza de hoy en día. La diferencia que las separa es muy distinta de una diferencia cuantitativa, aunque éstas abarcan un espacio geográfico y demográfico relativamente restringido; mientras que, por el con-

trario, aquélla se despliega en grandes espacios y en grandes números.

En efecto, está claro que el ciudadano no se comporta de la misma manera en ambos casos.

En una democracia a escala humana el hombre conoce directamente y por experiencia los datos de los problemas que debe resolver. Si los ignora conoce a la persona o personas que los conocen y en las que tiene depositada su confianza por haber vivido con ellos.

Preguntas fuera del campo de la experiencia.

No ocurre lo mismo en las vastas democracias modernas, sean burguesas o comunistas, «formales» o «reales». Las preguntas que se le plantean al ciudadano, dada su amplitud, son de una entidad tal que no puede conocerlas por la única fuente posible de conocimiento que es auténtica: la experiencia. Los seres y cosas que dependen de su decisión son, para él, representaciones mentales y abstractas, no presencias reales y concretas. Puede sacar una «idea» de ellas, una opinión. Puede imaginárselas. Casi nunca podrá conocerlas efectivamente. Se deduce de ello que el ciudadano moderno ve muy a menudo rechazado su derecho a resolver lo que conoce y, en cambio, se le asigna el de responder a preguntas de las que no conoce los datos.

Democracia de masa y ejercicio del poder.

La diferencia entre el régimen democrático antiguo y el régimen democrático de los vastos Estados actuales es la misma que separa lo real de lo irreal. La democracia de tipo antiguo existía y funcionaba como tal. Se podían comparar sus ventajas e inconvenientes con los de los demás regímenes políticos. LA DEMOCRACIA MODERNA NO EXISTE. Lo que existe es el puro decorado de las democracias; las minorías dirigentes conquistan

el ESTADO VACANTE y ocupan los puestos de mando, sea directamente o por personas interpuestas. Esas minorías, que detentan las palancas del Estado democrático, no pueden actuar SINO HACIENDO COMO SI LA DEMOCRACIA EXISTIERA. No pueden gobernar a los ciudadanos más que persuadiéndolos de que ellos tienen todos los poderes, aunque se les prive del poder esencial de decisión y dirección que históricamente tienen y que determina todos los demás. *En ningún período de la historia ha estado el ciudadano más desprovisto del poder real que en la democracia moderna. Y, sin embargo, le hacen aparecer como si fuese el rey.*

El fenómeno de la información y su acción deformante se explica por la sociología del sistema, en que se combinan el poder real de una minoría y el poder irreal de la mayoría.

Democracia de masas e individualismo.

El régimen democrático moderno presupone, con toda evidencia, la ruina, el despojo o, por lo menos, la esterilización política de todas las sociedades naturales o seminaturales en las que el hombre se encuentra inserto por el destino del nacimiento o la vocación: la familia, la comunidad profesional, las comunidades locales o regionales, la patria chica o grande. Las sociedades pueden todavía subsistir, pero en precario, de forma revocable, de una manera inerte y sin el menor papel en el Estado democrático. La democracia es esencialmente el régimen donde el Estado reina sin que su fuerza sea la resultante de ninguna fuerza social natural. Está constituida por un Estado sin sociedad, por un Estado y una «disociedad», por un Estado y una colectividad compuesta únicamente por individuos iguales e intercambiables.

Para que haya democracia moderna es preciso, ante todo, que la sociedad orgánica e integrada, en donde los hombres *viven unos para otros en una misma comunidad de destino*, desaparezca en provecho de una sociedad mecánica y desintegrada,

en la que los individuos, emancipados de la familia, de la ciudad, de la parroquia, de la empresa, de la región, etc.; *vivan unos al lado de otros en una colectividad de masas*, que puede crecer indefinidamente. La democracia es inseparable de la «sociedad» individualista y de su complemento: la «sociedad» de masas.

La información en una democracia a la medida humana.

El miembro de todo micro-grupo es avisado muy fácilmente de todo lo que ocurre en su comunidad. Puede comprobarlo él mismo o, si no lo hace, puede confiar en otros miembros con los que está tan unido que cada uno siente lo que también puede ser sentido por el otro. En este tipo de sociedad no se puede hablar propiamente de órgano de información. Se suple con ventaja a la información, pues la experiencia o, mejor, el hombre experimentado en quien los otros pueden confiar va derecho a la realidad en las nuevas situaciones, pues él expresa con más perfección la naturaleza de esas situaciones y todos encuentran en su experiencia y sus fórmulas lo que, ellos mismos, expresan o sienten sólo a medias.

En las sociedades orgánicas los miembros siempre están presentes unos a otros.

La información en una sociedad de masas.

Al revés que las sociedades orgánicas, cuyos miembros están siempre PRESENTES unos a otros y comparten una experiencia inmediata de los seres y las cosas que constituye una base sólida para sus mutuas comunicaciones, en la «sociedad de masas» el individuo aislado, desarraigado física y psíquicamente, ve reducida su experiencia al muy corto alcance de sus propias sensaciones. Esta es la razón final por la que la sensibilidad del

hombre sumergido en una sociedad de masas es tan débil y tiene constantemente necesidad de amplificadores y excitantes.

El individuo se encontraría totalmente desamparado sin la información. Ante el acontecimiento se encontraría como el ciego ante los colores. Al no tener experiencia a causa de su propia debilidad y de la extensión de la colectividad de la que no es más que un grano de arena, no puede tener conocimiento más que POR LA INFORMACIÓN, es decir, POR INTERMEDIO DE LOS INFORMADORES que, en lugar suyo, registran, recogen, clasifican, expresan y difunden los hechos. Si esto no ocurriera, la sociedad de masas sería inferior a las sociedades de insectos, cuyos miembros disponen de instintos poderosos y capaces de reacciones inmediatas. *La información es a la sociedad humana de masas lo que el reflejo automático es a las sociedades animales de masas, a tal punto que exige un mecanismo central mediador de la información.* Es, igualmente, como la prótesis artificial que suple la desaparición de la experiencia, que se ha disipado con los microgrupos donde tiene su esplendor. Con esto, M. Sauvy tiene toda la razón al afirmar que la información tiene una importancia fundamental en la democracia: es el único lazo que puede reunir a los individuos en una «sociedad» de masas, articular más o menos unos a otros, avisarlos de los acontecimientos que a ellos se refieren e inculcarles los conocimientos útiles para las conductas que deben tener.

La información, condición de supervivencia de las democracias de masa.

La información es indispensable y necesaria a los regímenes democráticos contemporáneos. Es lo que permite la supervivencia del sistema o, más exactamente, lo que le infunde una apariencia de existencia, deformando al mismo tiempo a los individuos sumergidos en esa sociedad de masas que la democracia ha hecho surgir de las ruinas de la antigua sociedad de microgrupos múltiples.

La información, remedio para el aislamiento y la inseguridad.

La información responde, en efecto, a una necesidad tan fuertemente sentida por el hombre contemporáneo que casi no podría pasar sin «noticias». *Aunque disuelto en la masa, el ciudadano de las democracias no deja de sentir la necesidad, propia del animal social, de ponerse en relación con sus semejantes. Aun ínfimo e impotente, esta necesidad le impele de una manera tanto más paradójicamente imperiosa cuanto más incapaz es de satisfacerla.* Según dijo Aristóteles, un hombre solo es una bestia o un dios. Como confusamente sabe que no es una cosa ni otra y adivina que su destino depende estrechamente de la inmensa colectividad de la que ignora casi todo, aspira a conocer todo lo que en ella pasa. *Busca en la información un refugio contra la soledad a la que su individualismo y la sociedad de masas, que le es correlativa, le condenan.* Esta información es tanto más descada cuanto mayor provecho positivo o negativo produzca para uno mismo. Aislado del pasado y de las tradiciones que llevan consigo las sociedades naturales y semi-naturales, debe valorar al máximo la actualidad y sus promesas y amenazas de un porvenir social mejor, de un «hombre nuevo», de una «sociedad nueva» que él ansía. No importa que sus conductas oscilen entre el individualismo y el colectivismo. Sin la información se siente expuesto a todas las derrotas.

El hombre, inventor de los “mass media”.

Esta necesidad social insatisfecha y en el fondo insaciable ha creado el órgano de información y hasta lo ha desarrollado monstruosamente: los *Mass Media of Communication* no han nacido ciertamente sin tirar un tiro, por arte de magia; tienen una historia, pero su perfeccionamiento y expansión universal acompañan siempre a la planetarización de la sociedad de masas.

... y está sometido a los "mass media".

El hombre es un animal social de tal forma que inventará los mecanismos más complicados y más sofisticados para mantener artificialmente vivas las comunidades, sin las que estaría condenado a muerte o a la anarquía endémica. Se crea así un círculo vicioso, en todos los sentidos de la palabra, entre las técnicas de la información y la sociedad de masas. Cuanto más multiplique ésta sus metástasis, más indispensables le serán las técnicas de información, pero cuanto más se extiendan las técnicas de información, *más pierden los hombres su facultad, personal e intransferible, de experimentar vitalmente la presencia concreta de seres y cosas, y más deben confiar la iluminación y dirección de sus conductas individuales y colectivas a intermediarios que no pueden transmitirselas mejor que la representación de lo real.*

La sociedad de masas amplifica entonces, automáticamente, su huella sobre ellos. Elevada al límite, estamos frente a una sociedad inserta en un sistema de informaciones compuesto de *stimuli* y excitantes, sonoros y visuales simbólicos, que provocan el desencadenamiento de reflejos en aquellos que les están sometidos.

Los *Mass Media of Communication* que traen la información están destinados, como su nombre lo indica, a una sociedad de masas, que es un fenómeno patológico, salido de lo que se debe llamar LA DESTRUCCIÓN DEL ESPÍRITU. El espíritu humano es el que, al crear la democracia de los grandes números y los vastos espacios, ha optado deliberadamente por una política irreal, sin substancia.

Disociada de la información, de los «mas media», la sociedad de masas, la democracia moderna es una empresa absolutamente teórica. No tiene el menor sentido, puesto que este divorcio debe realizarse en el plano de la acción. Supone, en primer lugar, para ser efectivo y benéfico, la renuncia del hombre a la sociedad de masas y a la democracia. En tanto el hombre quiera con-

servar éstas, conservará aquéllas y, con todo ello, la alteración profunda que hacen sufrir a la naturaleza humana.

La información de choque.

Para que una información llegue al público es preciso que le interese. Esto es demasiado corriente. Los especialistas de la información reconocen que el informador recurre muy a menudo, para captar la atención del lector, a una presentación «sensacional» de la actualidad que desnaturaliza el alcance de la misma. Así es como en el Congreso de Zürich, de 1952, doscientos cuarenta y ocho directores y redactores jefes de periódico llegados de cuarenta y un países diferentes estimaban que los despachos de agencia daban un valor excesivo a las noticias que arden (*spot news*), a su valor de choque psicológico, a los detalles crujientes o extraordinarios, a la presentación de los hechos no según su orden cronológico o en su orden lógico de significación, sino según el criterio de lo que atraiga la curiosidad, de lo que provoque una conmoción, un sobrecogimiento, un «golpe» y que, al paralizar la inteligencia, inunde de emociones la conciencia.

Es igualmente raro que la información se vuelva a colocar en su contexto, lo que le daría su verdadero sentido. Separada de su entorno histórico y sociológico, se ve desmembrada y sus elementos son reagrupados con vistas a influenciar al lector o auditor. Esta manipulación de la noticia es reforzada por su presentación material: el tipo empleado, si se trata de un periódico, el tono en la radio, el ángulo de toma de vista o la insistencia de la imagen en la televisión. La información está sometida, en gran parte, a las necesidades comerciales, a la publicidad, a la propaganda, según el poseedor de los «mass media» utilizados. Su valor objetivo pasa a segundo término.

Se dirige a un ser ficticio, el hombre medio.

Todavía hay algo más grave, ya se trate de «mass media» de propiedad particular, de grupos o del Estado, *la necesidad de comunicar la información a hombres que pertenecen a la sociedad de masas y al régimen democrático obliga al informador a tener en cuenta la psicología del informado.* En general, éste es un «hombre medio» que no tendrá ni la capacidad ni el tiempo disponible para controlar las informaciones que recibe o de criticarlas, «el hombre-masa» que se enfrenta a problemas cuya amplitud, número y sentido le sobrepasan infinitamente en las noticias que le surgen. Asaltado por informaciones de las que no puede dosificar su importancia ni jerarquizar su alcance o valor, el informado está totalmente entregado a la discreción del informador.

Manipula a seres despersonalizados.

Al llegar a ese extremo se le hace irresistible al informador la tentación de imponer al informado su propia visión de la noticia y encuadrarla en un sistema de interpretación que la confiera un sentido y la haga coherente. Es lo que espera y desea el hombre de la sociedad de masas. Desea que la información le comunique directrices de pensamiento y acción, una ortodoxia y una ortopraxis naturales y semi-naturales. Es incapaz de comprender y de actuar por sí mismo, personalmente, al no encontrar salida normal sus facultades intelectuales y volitivas. *El informador sabe que tiene ante sí un ser débil, manipulable en extremo.* ¿Cómo no iba a tener el deseo de comportarse con él como el escultor con la arcilla? El informador no puede sustraerse a la tentación de reemplazar el pensamiento y la voluntad del informado por los suyos propios. Puesto que tiene un puesto más o menos importante en los «mass media», su más intenso deseo le lleva a obligar a todos aquellos a quienes informa a que entren, de una manera total y definitiva, en la socie-

dad de masas: el informador aumenta de esta guisa infinitamente su voluntad de poder.

Esta tentación es tanto más irresistible por cuanto el mismo informado quiere ser deformado y se convierte en el cómplice de su información deformante. Pide a gritos la explicación global de la propaganda, los cuadros de una ideología sencilla, las órdenes que le eviten reflexionar sobre situaciones que no puede abarcar y sobre los comportamientos correlativos que se le incita a que tenga. Cogido entre el deseo de la verdad y el de ejercer su voluntad de poder, basculará el informador, *ut in pluribus*, inclinándose hacia la masa, de forma que pueda imprimir en ella un molde que le permita manipularla y ejercer sobre ella su apetito de dominación.

... que se pliegan a la voluntad del informador.

Además, el individuo aislado en la sociedad de masas se siente más seguro cuando recibe del informador, que reemplaza su inteligencia, su voluntad y su conciencia, la promesa de que se pueden resolver sin dificultades los problemas que su endeble ser no puede afrontar por sí mismo: se le invita a optar por el marco de solución que se le propone y a colaborar a su traducción en hechos. La teoría y la práctica son indisociables como en el sistema marxista, para quienes la información y la propaganda son indivisibles. Tengo entendido que hay muy pocas informaciones *que no induzcan abierta o secretamente a la acción*.

El informado es casi siempre llamado, en función de la información que le deforma, a la consolidación de la sociedad de masas y de la democracia, a la socialización, a la mecanización de su conducta por el poder, con su propio consentimiento.

Control por el Estado.

Los acontecimientos que surgen aquí y allá en el mundo los recoge un pequeño número de agencias de prensa, de noticia-

rios de actualidad, de televisión, que son organismos del Estado que el Estado controla de muy cerca o que tienen el máximo interés en mantener relaciones secretamente íntimas con el Estado. Lo mismo ocurre con las agencias nacionales cuya información no sobrepasa las fronteras de un país determinado. La historia contemporánea apenas muestra ejemplos de que alguna agencia de prensa nacional haya tenido un conflicto abierto con el gobierno del país al que está encargada de informar.

No existe tampoco un solo ejemplo de gobierno, que, al informar al público de sus actos, no presente esta información bajo el aspecto que le sea más favorable o menos desfavorable como tal gobierno.

Las condiciones sociológicas que presiden el acceso de las masas al poder fuerzan al Estado a deformar la información, a fin de gobernar a su antojo una colectividad de individuos más o menos dóciles a su acción.

La información, medio vital de gobierno.

En una sociedad democrática de masas, el gobierno que se limitara a informar al ciudadano sin desviarlo, influenciarlo, formarlo, deformarlo, sería rápidamente barrido, hasta y sobre todo en la Rusia soviética, en China comunista y en los demás países situados en su órbita.

Tocamos aquí, dicho sea de paso, lo más secreto de la vida política y social: ningún régimen puede sostenerse sin el asentimiento de los gobernados. Como el gobierno de los regímenes democráticos y de las sociedades de masas no puede seguir la opinión irracional, inestable e irreal de los individuos que son, en su mayoría, incompetentes, so pena de suicidio y de hacer perecer al Estado y hasta la nación, no tiene más remedio que embaucar a la opinión y hacerla creer que ella es quien la dirige, siendo así que justamente es lo contrario.

Todo el arte de gobernar se condensa, a fin de cuentas, en apoderarse del acontecimiento que permita que el mismo go-

bierno abuse, en su favor, de la opinión pública. De esa manera obtiene la adhesión que le es indispensable y sin la cual el régimen se hundiría. El precio pagado es la deformación permanente de la información, la mentira que se desliza en la noticia y el disfraz.

Desde el momento que se han dado cuenta de que el hombre de la sociedad de masas, falto de experiencia, tiene necesidad de información, y de que la información debe ser teñida de propaganda en favor de la democracia (formal o real, liberal o comunista) para adaptarse a la sociedad de masas a la que se la destina, gobernar es un acto sencillo, sobre todo si se dispone del monopolio de los «mass media».

“Se presupone que “el pueblo quiere”, pero se fabrica su opinión.

Basta con hacer proclamar por los «mass» aquello que se ha decretado hacer. La fórmula «*El pueblo quiere*», repetida a voz en grito por la minoría que posee el poder en el Estado, tiene una especie de eficacia mágica, de la que conviene no desestimar la importancia. En ningún país del mundo el pueblo admitirá que él no ejerce el poder. Hay que ser extremadamente inteligente para declararse incompetente. La palabra de Sócrates: «Lo único que sé es que no sé nada» es la menos democrática posible y está en el origen de su condena a muerte por el régimen que él provocaba. *Las masas están convencidas de que tienen una opinión sobre cualquier materia social y política. Y de hecho la tienen, pero determinada por las condiciones sociológicas en las que se encuentran.* Pero su objeto es imaginario. Es indispensable que no siempre sea así. No se puede andar siempre por las nubes, hay que poner a veces los pies sobre la tierra. Hay que decir que la opinión exige, a veces, un objeto real. La información prolongada con la propaganda le da, pues, la ilusión de gobernar. Hay que apoderarse de un acontecimiento y presentarlo bajo la luz del día para que «la voluntad de las masas» se desencadene «forzando al gobierno a la acción».

... encaminando al hombre a la acción.

Técnicos del cine inglés declaraban recientemente «que les resulta fácil, por medio de un montaje razonable y de una utilización justa de los ángulos de tomas de vista, mostrar a cualquiera como un loco». Una información repleta de propaganda y dueña de sus técnicas puede invertir el sentido de cualquier hecho. *Al hombre situado en ese nivel se le puede hacer querer todo lo que uno quiere, incluso la propia esclavitud.*

Un ejemplo.

Veamos, por ejemplo, cómo se opera el acondicionamiento de la opinión pública en Estados Unidos por el «electrochoc» de la información, según M. Roger Clause. La operación se realiza en diez actos: 1) los responsables de la política gubernamental se reúnen para orientar la opinión en un sentido político diferente del que ella odopta y sigue por costumbre; 2) se ordena a los funcionarios interesados y particularmente a los funcionarios de la información que dejen escapar una parte de esta noticia en sus conversaciones privadas; 3) se levanta en un periódico una «información-choc» sobre este tema, acompañada de comentarios; 4) la información provoca preguntas inmediatamente en el curso de una conferencia de prensa hecha por un informador «oficial» y la «nueva línea» es difundida con gran estruendo por los periódicos; 5) miembros del gobierno y personajes oficiales discurren sobre «la nueva línea» en diferentes lugares del país; 6) se le formulan preguntas al mismo presidente de los Estados Unidos en el transcurso de una conferencia de prensa; 7) sus declaraciones aparecen bajo grandes titulares en los periódicos y son el objeto de grandes comentarios; 8) hombres políticos, amigos del gobierno, se alinean en la nueva dirección y pronuncian discursos sobre este tema por todo el país; 9) todos los servicios gubernamentales de arriba a abajo de su escala desarrollan

«la nueva línea»; 10) «el público, al que se le ha machacado bien su punto de vista, acepta el cambio, y los contrarios tratan de ponerse a salvo». Así, antes de ponerlo en conocimiento del público, el acontecimiento se inscribe en la corriente de una propaganda premeditada, aunque al lado de la información que se prolonga está la propaganda que la precede y hace aceptable la información: los dos fenómenos se mezclan inextricablemente hasta el punto de hacerse indisolubles.

Resulta también imposible de discernir la información y la propaganda, el acontecimiento y la influencia de que se les carga, la verdad y la mentira, lo real y lo imaginario, lo dado y lo construido en el mecanismo de la sociedad de masas.

La “desinformación” por omisión.

La mentira caracterizada, la contra-verdad patente son apenas objeto de la propaganda. M. Ellul hace notar, con razón, que el propagandista moderno prefiere el silencio a la mentira cuando resulta peligroso publicar una información o señalar un hecho. Una buena parte de las consignas de Goebbels era la de silenciar algún acontecimiento estimado como enojoso. El famoso informe de Kroutchev al XX Congreso del Partido Comunista no fue revelado por la prensa comunista, sino mucho tiempo más tarde. El pueblo egipcio no conoció los sucesos de Hungría hasta 1960, etc.

El individuo de la sociedad de masas para poder orientarse en el dédalo de los hechos, seres y cosas con los que entra en relación por intermedio de la información necesita ordenarlos. Para llegar a este resultado le son precisos cuadros, etiquetas, formas.

Veamos un ejemplo leído en un periódico francés: Malcolm X ha sido asesinado por un negro, según testigos dignos de credibilidad; pero según este informador que cito, el asesinato se debe atribuir a los blancos que son quienes han puesto en marcha el racismo.

Creación de reflejos condicionados.

La subjetividad fabrica esas representaciones estereotipadas que vienen a adornar los hechos en cada excitación específica y que, en su conjunto, son categorías y maneras de interpretar los seres y las cosas y, con ello, de dirigir los comportamientos. Gracias a estas formas *a priori*, a estos moldes, el individuo de la sociedad de masas reconoce fácilmente lo que le es favorable u hostil. No tiene que razonar, que tomar una posición personal ni hacerse su propia opinión. Su «pensamiento», podemos decir, es automático.

Está claro que estos moldes, como pueblo, raza, proletariado, trabajo, colaboración, fascismo, democracia, libertad, capitalismo, etc. (lo cito a bulto) no son creaciones espontáneas del *homo democraticus* ni de la sociedad de masas. Han sido construidos por los informadores, los formadores y deformadores de la opinión pública que ocupan, desde el siglo XVIII, los puestos de mando de los «mass media» y que fabrican la «mass cultura».

Cómo convalidar la sociedad de masas.

Asistimos, como muy bien ha visto M. Morin, a una segunda colonización, la del alma: a una segunda industrialización, la del espíritu, llevadas a cabo por los vendedores de conocimientos, por los comerciantes de mercancías político-sociales, por los industriales de la cultura. Ante nuestros ojos se está edificando una nueva civilización, por llamarla así, adaptada a las condiciones sociológicas de la democracia y de la sociedad de masas, en la que los informadores en todos los campos del saber y de la acción ocupan el lugar antes reservado a las élites y a los modelos humanos de los que ninguna civilización se había privado hasta llegado el siglo XVIII: el *kaloskagathos* griego, el *civis romanus*, el santo y caballero medieval, *l'honnête homme* del siglo XVII y el *gentleman*.

No debemos creer que los verdaderos pilotos de la civilización sean «los filósofos», la intelectualidad del partido, la *intelligentsia*, «los mandarines», las gentes de letras, los artistas, los sabios, todos aquellos que Thibaudet agrupaba en «*la República de los profesores*»; hoy no son sino los técnicos de la «razón práctica», de la economía, de la política, quienes dan al hombre moderno sus órdenes y mandatos, los «letrados» o «semi-letrados» o quienes se creen tales, cuyo frágil esbozo se intentó en China y que esperaban cambiar las ideas y los gustos, reformar las costumbres e imponer a la humanidad una nueva concepción del mundo.

La extraordinaria servidumbre de los intelectuales —de la mayor parte de ellos— a la propaganda, la servilidad progresiva de los sabios y de los técnicos de todas clases al Estado, que los colma y encadena a la vez, son siniestros testimonios de la caída de Icaro. La primacía del informador no es más que apariencia y su soberanía ficticia: es esclavo de la «infraestructura» social que pretende dirigir y del estatismo gregario que se confunde con ella. La dialéctica hegeliana del maestro y el esclavo se aplica aquí con todo rigor. Informar a la masa es ponerse a su nivel sin ninguna duda. *Y, como en la democracia, el poder real lo tiene el Oro y el Número, el intelectual es siempre en ella el servidor del Poder, aunque a veces parezca que lo critica, pero sin meterse nunca con el sistema y con la sociedad de masas que es su corolario.*

Pérdida de todo sentido crítico.

Es contradictorio que el informador que se dirige a la sociedad de masas pueda conducir al informado a que ejercite su propio juicio, intransferible y personal (nadie puede pensar en mi lugar por mí) de decidir en qué consiste la verdad o el error.

Raros son los que se dan cuenta de que la lectura (o la audición o la televisión) es una técnica que se inserta en la sociedad de masas.

La lectura no tiene en efecto sentido sino en la medida en que el lector está provisto de juicio y es capaz, en la medida que está ligado con la realidad y es capaz de discernir lo verdadero de lo falso y la realidad de la ilusión. El hombre de la sociedad de masas ya no está ligado con la realidad. Cree en bloque todo lo que está escrito. Basta con tener una pequeña conversación con él para convencerse de ello.

De esta forma se explica el inmenso esfuerzo desplegado por los Estados más avanzados en la dirección de la sociedad de masas para difundir la enseñanza y el número de aparatos de radio en el mundo sometido a su autoridad e influencia.

Es así porque la información-propaganda es hoy el modo de pensar y actuar propio del hombre que construye la civilización de masas y porque cuanto más desparrama el reinado de la información deformante tanto más solidifica esta civilización y afirma el sistema político y social que lo rige.

La recíproca es cierta igualmente. Estamos frente a un círculo del que nos preguntamos si podrá salir la humanidad y por medio de qué milagro. En efecto, no cabe ocultar, de forma alguna, que todas las informaciones que llegan a aquellos hombres que están considerados como mejor dotados, los vinculan al condicionamiento riguroso de la propaganda que impregna esas informaciones: no se puede escapar a ese determinismo sin elaborar otro igualmente nocivo.

Incluso se engaña extrañamente al lector habitual de un periódico o al auditor-vidente de la radio o la televisión, que cree conservar su libertad de juicio en presencia de la ola que le asalta cada día y que pretende dominar la información que recibe. Colabora, mal que le pese, con la civilización artificial que reprueba y con todos sus presupuestos políticos y sociales.

Se pierden los valores que servirían de punto de referencia.

Lo propio de esta civilización, como de la información y de la propaganda (y de la publicidad) que forman un todo con ella,

consiste en *subordinar el pensamiento y la acción al HACER* (del *agere* al *facere*), destruyendo todo lo que queda de la antigua civilización europea y de las demás civilizaciones. De ello se deduce que una, única y misma, civilización de masas, que tiene como eje los medios de comunicación de masas, tiende a cubrir el planeta entero.

El *homo democraticus* de la sociedad de masas, por su individualismo y su colectivismo, ha roto sus lazos con el ser. Está sin un mundo de valores que le sobrepasan, alrededor suyo. Sin embargo, no puede vivir sin un mundo así. Tiene que *construir* otro, con todas sus piezas, que reemplace al antiguo mundo aniquilado y alejar sus últimos vestigios.

Se trata de un mundo imaginario que desarrolla todas sus consecuencias muy reales ante nuestros ojos con la condición, por supuesto, de mantenerlos abiertos. No hay nada de extraño en esta afirmación: ¿Es que acaso toda pérdida del sentido de lo real no repercute en la realidad? La civilización de masas no puede ser más que una civilización de imagen en virtud de su misma fuente.

... reemplazados por símbolos abstractos.

En la sociedad de masas, en efecto, el acontecimiento llega a sacudir a gran número de personas *que no tienen la menor experiencia* del mismo y que corren el riesgo de interpretarlo a través de los esquemas del pensamiento individual, si fuese presentado en toda su desnudez objetiva. Los «mass media» deberían utilizar miles de lenguas diferentes para expresarlo. Por eso la opinión sobre el tema no puede formarse sino a través de una información embebida de símbolos abstractos capaces de impresionar a un gran número de espíritus dispuestos a acogerla de antemano. Pensemos en cualquier hecho banal y sencillo al que se le colorea con el adjetivo «democrático» o «fascista». El hombre de la sociedad de masas tiene una manera de estar en el mundo y una manera de pensar los hechos determinados *por*

su ideología, por palabras, por fórmulas, slogans, estereotipos que se interponen entre él mismo y el hecho. De lo que él se da cuenta no es del hecho sino del acontecimiento moldeado en un símbolo abstracto.

Hoy se fabrican con una facilidad desconcertante falsos acontecimientos, reputaciones, famas, todo un universo político y social de APARIENCIAS. No se habla de las cosas sino de sus imágenes impuestas por la publicidad y por la propaganda que se injertan en la información.

Estamos habituados de tal modo con esta civilización de la imagen y este mundo de la información que terminamos pensando y viviendo *como si lo imaginario fuese lo real y la información la experiencia*. El fenómeno se produce lo mismo en las democracias liberales que en las democracias comunistas. Lo que nos amenaza no es la lucha de clases, el materialismo, la ignorancia, sino la pérdida del sentido de lo real. El mundo de la información es el mundo de Narciso. El hombre no ve más que su propia imagen. En un mundo de espejos que únicamente nos reflejan a nosotros mismos y reducen el campo de la experiencia al YO, el único ídolo que, junto con el colectivo, donde se proyecta ampliado de forma desmesuradamente agrandada, sustituye a Dios. Nacido del individualismo, este mundo vuelve a él. Jamás se le ha apartado un solo instante.